

P A S T O R A L

Aún el sol poniente
fué a enhebrar lentejuelas frágiles
en la arena del río.

Unos hombres
intentaban hacer vadear
un tropel asustado de corderas,
por el torrente.

Dispersóse el rebaño,
y sólo alguna débil forma
temblorosa,
se deslizó en el cauce.

Más felices, allí cerca,
las lavanderas, cantando,
llenaban las aguas
con enrespadas pompas de jabón
que — esas sí — eran dóciles ovejas
diminutas...

Cuando volvíamos,
al anochecer,
las altas mujeres iniciaron el regreso.

Dispusieron
los atados de ropa blanca,
— ¡redondos recortes de albas nubes lejanas!
en un pesado carro
y ellas se fueron en otro.
Eran diez o doce,
jóvenes, con morenos brazos
y desnudas piernas...

Después,
en los caseríos, las vimos
del carro descender.
Calladas y graves se fueron...

Ardían los faroles provinciales.

Hora de las armonías
astrales y terrestres, aquella!
Cuánta correspondencia entre las cosas
más distantes!

Fué entonces que detuvo también
ante la noche,
su gran carroza magnífica,
el sol, en el camino del Zodiaco.

Todo el que quiso pudo contemplar
como bajaban de ella,
y se echaron a andar por el cielo,
con el sacro silencio de costumbre
las Doce Constelaciones.